

dadanos, y no el objeto de los privilegios; deberá enseñar á los otros á llevar en paz las cargas públicas, y no estar esento de ellas; deberá inculcar la subordinacion á la autoridad legitima, y no estar independiente de la misma.

Finalmente, es claro que esta religion con estos caracteres podrá sin embargo llegar á tener alguna intrínseca relacion con aquellos dos extremos igualmente perniciosos, á saber, con el fanatismo y con la irreligion; y que podrá degenerar de su nativa institucion, para dar en el uno ó en el otro escollo; pero esta degeneracion no podrá provenir sino de la negligencia del gobierno, ó de algun vicio de la legislacion, causas prevenidas, y excluidas ámbas por las varias fuerzas combinadas del sistema legislativo que yo propongo.

Pero ¿cual es la religion que, considerada en su nativa sustitucion, presenta todos estos caracteres?

He aqui el objeto del capítulo siguiente.

#### FIN DEL LIBRO V.

## NOTAS

### JUSTIFICATIVAS

#### DE LOS HECHOS.

## NOTAS JUSTIFICATIVAS

### DE LOS HECHOS.

---

NUMERO 1, pág. 134.

VEASE la teogonia de Hesiodo, desde el verso 154 hasta el 158, en donde, bajo el velo de la fábula que presenta al padre Cielo teniendo escondidos en las entrañas de la madre todos los hijos que habian nacido de él y de la Tierra, nos hace ver esta primera época de la antiquísima religion griega, en la cual no se habia introducido aun el Politeísmo, y en la cual la fuerza desconocida que agitaba la naturaleza, con el nombre y la idea de *Uranos* ó sea *Cielo*, es decir, de aquello que todo lo abraza y contiene, era la que únicamente se invocaba, sin que participase del culto religioso ninguna de las otras deidades adoradas después.

Porfirio, fundado en la autoridad de Teofrasto, nos confirma en esta verdad, y nos muestra que al principio la religion se reducía á prácticas mucho mas simples y puras, y á ideas muy diversas de las que reinaban en su tiempo. No habia entonces, según él, ni figuras sensibles, ni sacrificios sangrientos; ni tampoco se habian imaginado todavía los hombres y las genealogías del inmenso pueblo de los dioses. Rendianse homenajes puros al primer principio de todas las cosas, se le dirigian fervo-

rosos ruegos, se imploraba su auxilio, y de este modo se reconocia su dominio supremo.

La opinión de Herodoto (1), aunque en apariencia parezca que contradice esta idea, creo que en realidad la confirma victoriosamente. Segun él, los Pelasgos que fuéron los primeros habitantes de la Grecia, honraban confusamente á muchos dioses, no distinguiendolos ni dandoles particulares nombres. Ahora bien; muchos dioses que no se distinguen uno del otro, que no tienen nombres diferentes unos de otros, ¿que otra cosa indican sino la confusa idea de aquella *fuerza desconocida* que al principio se adoraba únicamente, y que Herodoto no supo adivinar, porque estaba demasadamente imbuido de las ideas politeísticas que le rodeaban por todas partes?

Si despues volvemos la vista á las memorias antiquísimas de la religion primitiva de los otros pueblos, encontraremos en los pocos monumentos que nos restan, materiales bastantes con que sostener vigorosamente nuestra opinion.

En el fragmento de Sanchoniaton, que Eusebio nos ha transmitido; en este fragmento infelizmente alterado é interpolado por Filon de Biblos, que habia traducido esta obra antiquísima, pero que al traducirla la habia acomodado y mezclado con las ideas de los Griegos, y con las suyas propias; en este fragmento, en que se encuentran sin distin-

(1) *Lib. II, cap. 1.*

cion las reflexiones de Filon y de Eusebio, mezcladas y confundidas con las relaciones del antiguo historiador; en este fragmento, digo, en el cual hay necesidad de mucha crítica, para distinguir lo que es de Sanchoniaton, de lo que pertenece á Filon ó á Eusebio, encontramos que *Beelzemen*, ó sea el *señor de los cielos*, habia sido el único objeto de los votos y del culto de los primeros habitantes de la religion fenicia.

Apolodoro, que habia escrito la historia de los Caldeos, y que en el principio de su historia de los dioses dice que *Cielo* fué el primero que reinó sobre todo el universo, nos manifiesta bastantemente que en esta nacion el mismo objeto habia reclamado el primer culto de sus primeros padres.

De la imperfecta relacion que nos ha dejado Herodoto (1) acerca de la antigua religion de los Persas, podemos deducir que la *vasta estension de los Cielos* habia sido la fórmula con que sus padres habian espresado la antigua y desconocida divinidad. Estrabon (2) tratando de la misma materia nos confirma en esta opinion; y dentro de poco veremos como *Mithron* habia llegado á ser despues el númen supremo de este pueblo.

Lo que Macrobio (3) ha recogido en sus Saturnales sobre el dios *Jano*, á quien él llama el *dios*

(1) *Lib. I, cap. 13.*

(2) *Lib. XV.*

(3) *Saturn. lib. I, cap. 9.*

de los dioses, nos muestra hasta la evidencia que este antiquísimo y primer dios de los Latinos fué al principio el único objeto de los votos y del culto de los primeros habitantes errantes del Lacio, bajo la idea de aquella *fuerza desconocida*, de que hablamos. El principio de la oracion del viejo augur, que él refiere, los antiguos poemas de los Salios, la opinion de Gavio Baso, y la etimologia de Cornificio, fundada en la autoridad de Ciceron, que él cita para sostener la opinion de los que creian que Jano habia sido considerado como el universo ó el cielo; todas estas autoridades, y otras que omito por la brevedad, combinadas con la fábula que nos dice que Jano fué el primero que inspiró á los Latinos la religion, y que reinó sobre ellos, mientras la misma fábula nos hace ver que los Latinos de aquel tiempo vivian en el estado de la mas perfecta independencia salvaje, forman un agregado de pruebas las mas luminosas de esta verdad.

En los antiquísimos libros de los Chinos, de los cuales se conservan todavía cinco que ellos llaman el Kink, se encuentran por todas partes vestigios del culto primitivo de sus primeros padres, y por ellos vemos que este culto se reducía á la adoracion única de aquella fuerza *desconocida*, que, como se ha visto, los Griegos llamaron *Uranos* ó sea *Cielo*, los Fenicios *Beelzemen* ó sea *señor de los cielos*, los Persas *la vasta estension de los cielos*, los antiguos Latinos *Jano* ó sea el *universo* ó el *cielo*, y ellos llamaron *Chan-ti* ó *Tien*, que en su len-

gua espresan la misma cosa, esto es, *el cielo* ó la *fuerza que domina en el cielo* (1).

Un argumento muy semejante encontramos en el nombre de la *primitiva divinidad* de muchos pueblos, los cuales en medio del Politeísmo en que posteriormente habian caído, conservaron, aunque con *diversa idea*, el nombre *antiguo* del antiguo nùmen, que indicaba cual habia debido ser *en un principio* el objeto del culto religioso de sus primeros padres. El *Knef* de los Egipcios, el *Adonis* de los Sirios, el *Baal* ó *Belo* de los Asirios y de los Moábitas, el *Moloch* de los Ammonitas, el *Marnas* de los Filisteos, el *Allah* de los Arabes, el *Papeo* de los Escitas; y entre los pueblos modernos, tanto de la América como del hemisferio austral, el *Manitú* de las naciones Algonquinas, el *Chemien* de los Caribes, el *Okki* ó el *Ares-kovi* de los Hurones, el *Eatooa Rahai* de los Otaitianos (2), no significaban y no significan otra cosa que *alto dueño* ó *señor*. Este nombre *indeterminado* nos indica bastantemente que el objeto que espresaba en un principio era *uno é interminado*; y cual podia ser este objeto único é indeterminado, sino la *fuerza desconocida* de que tratamos?

Es probable que el *Tuiston*, nombre de la pri-

(1) Vease á M.<sup>r</sup> de Guignes en el *Chou-kink*; discurso preliminar, y parte tercera, cap. 3.

(2) Laffiteau, *Costumbres de los Salvages*. Veanse tambien las *Observaciones* de Reinaldo Forster sobre el viage al hemisferio austral, part. IV, cap. 10.

mera deidad de los Germanos, y el *Esus* que lo era de la primera deidad de los Galos, significasen la misma cosa; pero el modo con que estos últimos honraban esta su primera deidad, aun despues que el Politeismo habia hecho entre ellos considerables progresos, nos hace conocer claramente que la idea que de ella se habian formado al principio sus primeros padres, y que sus descendientes habian perdido, no era diferente de la que hemos encontrado en otros pueblos de que se ha hablado. Esta deidad no era representada por ninguna imágen, ni bajo ningun emblema. No tenia tampoco templos ni altares: el rito sagrado se practicaba en los bosques y al pié de una encina; allí se ofrecian sacrificios, y se dirigian los votos á la desconocida y antigua deidad (1).

A todos estos argumentos se puede añadir el siguiente. En muchos pueblos no tiene nombre alguno el Dios supremo. Los Astures, los Cantabros, los Celtiberos y otros muchos adoran, dice Estrabon, un dios desconocido que no tiene nombre. Los Indios del Brasil adoran é imploran, alzando las manos al cielo, al Dios supremo que no tiene

---

(1) Los que movidos por las erróneas é imperfectas relaciones de Cesar sobre esta religion puedan dudar de estos hechos, lean, si gustan, la *Historia de la religion de los Galos*, de Don Santiago Martin, publicada al principio de este siglo, en la cual este erudito escritor ha recogido todo lo que podia pertenecer á esta religion, y con ello nos ha mostrado el juicio que debe formarse de las indicadas relaciones.

templos, altares ni nombre (1). Los Mejicanos en medio de la multitud de sus dioses, que las primeras relaciones hacian subir á dos mil, no dejaban de reconocer en todas las partes del imperio un Dios supremo, segun refiere Solis; pero este Dios no tenia ningun nombre, y para designarlo miraban al cielo con ademan respetuoso (2). Y ¿de donde puede nacer esto? Los primeros padres de estos pueblos, no conociendo otra deidad que la *fuerza desconocida* de que se ha hablado, podian implorarla y venerarla sin darle nombre, porque el objeto de su culto era oscuro é indeterminado, y porque siendo único, no tenia necesidad de ser distinguido de otro. Sus descendientes, caidos en el Politeismo, han puesto á la cabeza de sus númenes, como mas antiguo, aquel que sin nombre, pero con diversa idea, era invocado por sus padres. Finalmente, si se reflexiona que en casi todas las lenguas primitivas la palabra *Dios* ha indicado originariamente la *fuerza*, como es sabido, se encontrará otro argumento favorable á nuestra opinion.

Los vestigios del primer paso que se ha dado ácia la religion, se encuentran pues conformes á nuestras ideas, en lugares, en pueblos y en tiempos los mas distantes entre sí. Si en medio de las tinieblas que por todas partes rodean este asunto, hemos dado y seguiremos dando en el testo la preferencia

---

(1) Historia general de los viages, tom. 54.

(2) Historia general de los viages, tom. 48.

á la teogonía griega, no lo hemos hecho por otro motivo sino porque esta es la única que ha llegado á nosotros entera y seguida, y que hemos recibido originalmente de uno de los mas antiguos poetas de esta nacion. Por lo demas, si los fragmentos que tenemos de las teogonias de los otros pueblos no bastasen, considerados separadamente, para sostener todo el sistema progresivo de nuestras ideas, por ser imperfectos y estar interrumpidos; sin embargo, tales cuales son, nos suministrarán no solo las pruebas mas luminosas por lo que toca á cada una de las partes, sino que formarán ademas en su combinacion y cotejo una prueba igualmente luminosa de todo el sistema entero: de este modo la *teogonia general* del género humano vendrá á ser ilustrada y sostenida por los pormenores conciliados y cotejados de las teogonias particulares de cada nacion.

NUMERO 2, pág. 137.

PARA ver que el mismo Hesiodo nos ha indicado bastante que el númen, adorado al principio bajo la idea y el nombre de *Uranos* ó sea *Cielo*, fué despues adorado bajo la nueva idea y el nuevo nombre de *Cronos* ó sea *Saturno*, basta cotejar el verso 624 con el 644. Los mismos númenes que en el primero de estos dos versos son llamados hijos de *Saturno* y de *Rea*, son llamados en el último hijos del cielo y de la tierra. Ademas la *Tierra*, con el nombre de *Γαια*, fué muger del *Cielo* y madre de

*Saturno*; y con el nombre de *Ρεια*, *Rea*, fué hija del Cielo y muger de Saturno (1). El mismo númen, bajo diversa idea y diverso nombre, tenia la misma esposa bajo diversa idea y diverso nombre. *Cronos* es lo mismo que *Uranos*, pero con idea mas *restringida*, y con nombre á propósito para espresar esta mas *restringida* idea. *Ρεια*, *Rea*, era la misma que *Γαια*, la tierra, pero con idea mas *restringida*, y con nombre apto para espresar esta idea *restringida*; y asi en todo el contesto de Hesiodo se vé que cuando llama á la tierra *Γαια*, quiere indicar todo el planeta, ó sea lo que se llama globo terraqueo; y cuando la llama *Ρεια* *Rea*, parece que quiere indicar aquella parte del planeta, á la que propiamente se da el nombre de tierra. El poeta, pues, cuando nombra la tierra como muger de *Uranos* ó sea *Cielo*, la llama con razon *Γαια*; y cuando la nombra como muger de *Cronos* ó sea *Saturno*, esto es, del mismo númen pero con idea mas *restringida*, la llama *Ρεια*, *Rea*.

Tenemos otros pasages en Hesiodo, donde se indica con igual evidencia que *Uranos* y *Cronos* eran el mismo númen, adorado bajo diversa idea y diverso nombre; pero los reservamos para cuando se hable del reinado de Jove.

(1) Teogonia, v. 133 hasta el 135, y v. 124.



## NUMERO 3, pág. 137.

VEANSE en la teogonia los versos desde el 460 hasta el 465, donde Hesiodo nos hace ver á *Cronos* recibiendo del padre *Uranos* los secretos del destino sobre las futuras revoluciones; y los versos desde el 465 hasta el 495, donde nos demuestra la impotencia de sus esfuerzos para sustraerse de sus mismos decretos. Los antiguos consideraban el *Hado* como una ley emanada en el principio de las cosas del númen supremo, y á la cual estaba él mismo sujeto despues de haberla fijado. El depositario de esta ley era siempre el mismo númen supremo que habia sido el autor, llamado con diversos nombres y progresiva disminucion de ideas, al principio *Uranos* ó sea *Cielo*, despues *Cronos* ó sea *Saturno*, y al fin *Zeus* ó sea *Jove*. Cuando hablemos del reinado de este último, manifestaremos mas claramente esta verdad.

Conviene, por otra parte, advertir que estas ideas sobre el Hado, tan vastas, tan distintas y tan estensas, se desarrollaron y se extendieron progresivamente y por grados, y no nacióron todas de un golpe, en los tiempos y en el estado en que se encontraron los hombres cuando se dió este segundo paso en el culto religioso. Este ha debido acompañar la primera infancia de la *sociedad*, asi como el anterior paso ha debido precederla; y la razon por que el reinado de Saturno fué llamado el *siglo de oro*, no fué otra sino porque en aquel

tiempo los hombres gozaban todavía de la natural independencia, de la cual nos hace Ovidio una pintura tan halagüena (1), y cuya memoria se renovaba en Roma en las Saturnales. Pero si en este estado habian podido adquirir los hombres alguna oscura idea sobre el órden sucesivo de las cosas, que se manifestaba á sus sentidos en las revoluciones periódicas de los astros, en la vuelta de las estaciones, etc.; si habian podido atribuir al primero de los númenes el origen y la presidencia de este órden; no habian podido, sin embargo, estender y perfeccionar de un golpe todas estas ideas hasta el punto que se requeria, para formar la indicada teoría del Hado de los poetas y de la *ley del órden* de los filósofos. Tal progreso de ideas supone una sociedad mas adelantada, y una cultura mucho mas estensa.

Vease lo que sobre este *siglo de oro* dejamos dicho en el tercer libro de esta obra, cap. 36 (2).

## NUMERO 4, pág. 137.

Ὁς δαπανᾷ μὲν πάντα, καὶ αὐτὸς ἐμπαλεῖ αὐτός.

*QUI consumis quidem omnia, et ipse rursus*

(1) Ovid. *Metam. lib. I, fáb. 3.*

(2) Lo que Visdelou observa sobre la idea del Hado de los Chinos, nos hace ver manifestamente haber tenido el mismo origen, y haber recibido el mismo desarrollo progresivo que la de los Griegos. Vease á Visdelou, en sus *Observaciones sobre el O-Kink*, pág. 428, en seguida del *Chou-kink*.

*auges*. Himno del supuesto Orfeo á Saturno, v. 3. Vease tambien la Teogonia de Hesiodo, v. 459 y 460.

Pero ya es tiempo de consultar las memorias religiosas de los otros pueblos: ya es tiempo de mostrar como la uniformidad de la causa ha producido la uniformidad en los efectos, esto es, su semejanza asi en los primeros elementos de sus particulares Politeismos, como en la *mutilacion* ó sea *restriccion*, ejecutada en la primera idea de aquella *fuerza desconocida*, primero y único objeto de su primer culto.

Es indubitable que las fuerzas particulares, las potencias particulares de la naturaleza, que tienen una accion mas sensible y formidable, y que por su vastedad escitaron mas la admiracion, y despertaron la reflexion de los hombres en sus aparentes contiendas, han sido los primeros objetos y los primeros elementos del Politeismo de todos los pueblos. El sol, la luna, la tierra, el agua, el fuego, los metéoros, los vientos, etc. debieron ser y fueron en efecto los primeros dioses. Por todas partes encontramos vestigiós que nos manifiestan que la época de su culto sucedió inmediatamente al anterior y breve período de la adoracion única de la *fuerza desconocida*, de que se ha hablado: los encontramos por todas partes enumerados entre los primeros dioses, y considerados como los mas antiguos. Desde las Indias hasta las Galias, desde la Etiopia y el Egipto hasta las naciones Hiperbóreas,

asi en el antiguo como en el nuevo continente, este hecho se encuentra contestado por tantas pruebas, que por poco que se conozcan las historias de las primeras edades de los pueblos, no se podrá dudar de él. Herodoto (1), donde habla de los dioses mayores de los Persas; Estrabon (2), donde habla de los mismos dioses de los Capadocios; Diodoro Siculo (3), donde refiere la antigua tradicion de los Egipcios sobre sus primeros dioses; el mismo Diodoro (4), donde refiere la de los Etiopes; los libros sagrados de los Chinos, donde nos revelan su antiquísima religion (5); Maximo Tirio, donde nos transmite las noticias que habia recogido sobre la religion de los pueblos que habitaban al septentrion del Ponto-Euxino; lo que Cesar (6) y Tacito (7) nos han indicado sobre la antigua religion de los Germanos, y lo que el historiador de la religion de los Galos, citado poco hace, ha recogido sobre los objetos de su antiguo culto; finalmente, las noticias que tenemos de la religion de tantos pueblos posteriormente descubiertos (8); todos estos monu-

(1) *Lib. I.*

(2) *Lib. XV.*

(3) *Lib. I.*

(4) *Ibid.*

(5) *Chou-kink*, part. I, cap. 2, y en otros varios lugares. *Noticias del Y-Kink*, p. 428; Kircher, *China ilustrada*, part. III, cap. 1.

(6) *De bello Gallico*, lib. VI.

(7) *De moribus Germanorum*.

(8) Los Otaitianos, segun refiere Reinaldo Forster, ademas del gran Dios del sol, tienen una Diosa de la luna,



mentos, digo, y muchos otros que omito por brevedad, con tal que se consulten con aquel *espíritu filosófico*, que no puede suplirse con ningún precepto de crítica, y que es mas que necesario en la indagacion de semejantes hechos, mal observados y aun mas defectuosamente transmitidos, nos mostrarán la uniformidad del género humano en este segundo paso dado en la religion, y primero en el Politeísmo.

La misma uniformidad se encontrará en la contemporánea *mutilacion*, ó sea *restriccion* de la idea de aquella *fuerza desconocida*, adorada únicamente al principio. Verémos la misma idea del tiempo, menos vaga pero no desemejante á la de los Griegos, campear en este segundo período. Verémos la idea de la *fuerza desconocida* que agitaba la naturaleza, restringirse con semejante *mutilacion* á la idea de una fuerza que preside al giro de uno de los dos astros que determinan los dias, los meses, los años, en una palabra, que son la medida mas constante y sensible del tiempo: verémos, en suma, en unas partes el sol y en otras la luna, llegar á ser la suprema divinidad de los pueblos, ó por mejor

---

un Dios de los vientos, y trece divinidades del mar. Su diosa *O-tepapa*, muger del antiguo nùmen, y con la cual tuvo principio en su teogonia la generacion de los dioses, parece que era la tierra; porque, segun refiere el mismo viajero, esta palabra significa una *roca*. Vease á Forster, *Observaciones sobre su viage al hemisferio austral*, part. IV, cap. 10.

decir, verémos la anterior idea del anterior nùmen, donde con nuevo nombre y donde con el antiguo, restringirse á la de una fuerza, de una inteligencia que preside á la sucesion de los tiempos y de las cosas, presidiendo á las revoluciones de uno de estos astros.

El Osiris de los Egipcios, el Mitra de los Persas, el Adonis de los Sirios, el Amon de los Libios, el Asabino de los Etiopes, el Beleno de los Celtas, el Allah Taalá de los Arabes, no eran, como es sabido, otra cosa que el *sol*. Este era el supremo nùmen de estos pueblos, no menos que de los Peruanos, de los Floridianos, de los Apalaches, y de otros muchos pueblos de la América; de los Otaitianos y de varios otros isleños del mar austral, cuando fueron conocidos por los Europeos (1).

---

(1) Vease la oracion que los sacerdotes egipcios hacian recitar á los parientes del difunto en su nombre, referida, sobre la autoridad de Eufanto por Porfirio, *de Rost. lib. IV*. Diod. Sicul. *lib. I*. Socrates citado por Eusebio, *Præp. evang. lib. I*. Estrabon, *lib. XV*. Fornuto y Lactancio, *de Diis et mundo*. Estacio, *Theb. lib. V in fine*; Macrob. *Saturn. lib. I, cap. 2*; Servio, *al II de la Eneida*. Vease tambien á Plinio, lib. XII, c. 19; y á Solino, cap. 31, donde hablan del cinamomo que le consagraban los Etiopes. Vease tambien por lo respectivo á los pueblos de América, á Garcilaso, *lib. I, cap. 1*; las *Relaciones* del señor Moyne de Mourgues, *sobre los pueblos que habitan la parte de la Florida confinante con la Virginia*; á Rochefort, *Historia de las islas Antillas*; á Laffiteau, *Costumbres de los Salvages, tom. I*; y á Reinoldo Forster, *Observaciones sobre su viage al hemisferio austral, part. IV, cap. 10*.

Del fragmento de Sanchoniaton, que hemos citado poco hace, se deduce claramente que entre los Fenicios su *Beelzemen* ó sea el *señor de los cielos*, que al principio había indicado la desconocida y universal fuerza que domina en la naturaleza, no indicó despues sino el *sol*, ó sea la inteligencia que se creía presidiese á las revoluciones de este astro. Lo mismo sucedió al Moloch de los Amonitas, y al Baal ó Belo de los Asirios y de los Moabitas (1).

El sol era, segun refieren Herodoto (2) y Estrabon (3), la suprema divinidad de los Mesagetas y de los Armenios; y Apolo tomó el sobrenombre de Hiperbóreo, porque el astro al que los Griegos diéron este nombre era el supremo objeto del culto de los hiperbóreos (4).

El mismo astro, con el nombre de *Penim*, era el dios óptimo máximo de los pueblos que habitaban sobre los Alpes Peninos; y con el de Tuiston, el númen supremo de los Germanos (5).

Por lo que se ha dicho respecto de la luna, vemos este astro, que no menos que el sol puede conside-

(1) Vease á Vosio, *de Origine et progressu idolatriæ*, lib. II, cap. 3; y á Seldeño, donde habla del significado de la voz *Heliogabal*, que significa *sacerdote del sol*.

(2) Lib. I.

(3) Lib. XII.

(4) Herodoto, lib. I. Diod. lib. II.

(5) Vease la citada *Historia de la religion de los Galos*; y sobre el Tuiston de los Germanos, á Vosio, *de Origine et prog. idol. lib. II, cap. 15*.

rarse como la medida del tiempo, adorado como suprema deidad en pueblos y en tiempos los mas distantes entre sí: en la Taurica, ácia los tiempos de la guerra de Troya; en la isla de *Sen* sobre la costa meridional de la baja Bretaña, célebre por las Druidesas que con el nombre de *Senae* eran las intérpretes y las sacerdotisas de esta suprema deidad (1); en el cabo de Buena Esperanza, entre los Hotentotes de nuestros días; y en otros muchos pueblos tanto antiguos como recientemente descubiertos (2). Finalmente, en medio de las tinieblas que circundan la antigua religion de los pueblos que habitaban el antiguo Lacio, podemos afirmar con seguridad que el dios Jano, del cual se ha hablado, había ya dejado de ser el dios único, y era solo el dios del tiempo ántes que la religion griega hubiese penetrado en esta region, y hubiese interrumpido el curso natural de su teogonia. ¿Y á la verdad, como se ha de explicar de un modo razonable la fábula antiquísima que nos presenta al dios Jano partiendo su reino con Saturno, sino suponiendo que cuando este númen estrangero, que era el mismo que el Cronos de los Griegos, fué cono-cido en el Lacio en calidad de presidir al tiempo como Jano, fué admitido á participar del mismo reino porque participaba del mismo mando? El nom-

(1) Vease la citada *Historia de la religion de los Galos*, t. II, lib. IV.

(2) *Historia general de los viages*, t. XVIII, pág. 81 y siguientes.

bre de Bifronte que llevaba Jano; las dos caras que tenían sus antiguos simulacros; el número de los días del año que muchas de sus antiguas imágenes indicaban con las dos manos; la opinión que se conservaba, aun en tiempos muy posteriores á aquellos, de que este dios presidia al principio de todas las calendas y de todos los meses (1): todos estos hechos, y otros muchos que no son de este lugar, nos mueven á afirmar que Jano, despues de haber sido considerado como el universo ó el cielo, ó sea como el *Uranos* de los Griegos, fué considerado despues como su *Cronos* ó sea como el dios del tiempo (2).

NUMERO 5, pág. 158.

HESIODO nos hace ver esta progresión de muchos modos. Ademas de otros argumentòs que nos da de ella, y de que se hará uso en su debido lugar, en la invocacion á las musas nos dice: *Ellas cantan en sus eternos conciertos á los dioses que en un principio nacióron del cielo y de la tierra,*

(1) Macrob. *Saturn. lib. I, cap. 9.*

(2) Lo que la fábula nos dice del dios *Vertumno*, y la etimología misma de su nombre, nos hacen creer que este antiguo nùmen etrusco habia sido el antiguo dios del tiempo de este pueblo, como Jano lo habia sido de los Latinos; y he aquí la razón por que muchos autores lo confunden con el mismo Jano. Vease lo que sobre esto dice Ovidio en sus *Metam. lib. XIV*, y Propercio, *Eleg. lib. IV*. La metamorfòsis que estos dos poetas atribuyen á este nùmen, no indica otra cosa sino los sucesivos vestigios del tiempo en las diversas estaciones.

y aquellos que de estos procedieron, que son los dispensadores de diversos bienes (1). Los dioses nacidos del cielo y de la tierra fuéron los Titanes (2) que mutiláron al gran padre, esto es, las fuerzas ó potencias de la naturaleza que fuéron las primeras á ser adoradas, cuando de la adoracion única de la fuerza desconocida, de la cual se ha hablado, se llegó á dar el primer paso en el Politeismo. Los dioses que de estos procedieron, fuéron todas las demas fuerzas y las demas potencias que bajo ficciones poéticas, bajo genealogías, fábulas y alegorías diversas, y bajo nombres cuyos nativos significados es menester buscar casi siempre para adivinar el asunto que espresan, nos manifiesta Hesiodo haber llegado á ser progresivamente y despues de aquellos los objetos del culto religioso de los Griegos. Estas fuerzas, estas potencias no fuéron solamente las potencias físicas de la naturaleza, sino tambien las morales, como son las *afecciones* y las *pasiones*. Tal es *Afrodita* ó *Venus*, esto es, el *Amor*, que Hesiodo hace nacer de la espuma producida en el mar por los genitales de *Uranos*, cortados por *Cronos* (3); tales son las *Furias*, que él mismo hace nacer de las gotas de la sangre de *Uranos*, que cayéron sobre la tierra despues de la fatal mutilacion (4), y que indican el furor, el odio, la ira, la venganza,

(1) Teogonia, v. 45 y 46.

(2) Teogonia, v. 206 y 207.

(3) Teogonia, v. 188 hasta el 206.

(4) Teogonia, v. 183 hasta el 185.

según lo manifiesta el significado de su mismo nombre común *Ερις*, y de sus nombres particulares *Αλσικτα*, *Μεγαίρα*, *Τισιφονη* (\*). Tal es la *Envidia*, de la cual los Griegos hicieron un dios, porque en su lengua era masculino este nombre, y los Latinos una diosa, porque en la suya era femenino, y de la cual Hesiodo en su poema de las *obras y de los dias* (1), y Ovidio en sus *Metamorfóseos* (2), nos han hecho una pintura tan animada; tal es la *Emulacion*, de la que habla Hesiodo en el mismo lugar; tal es la *Tristeza*, que los Griegos personificaron y deificaron con el nombre de *Αχλος*, *oscuridad*, *caligo*, y de la que nos habla Hesiodo en su poema del Escudo de Hercules (3); y tales son el *Temor* y el *Espanto*, *Φεβος* y *Δειμος*, que Hesiodo en la *Teogonia* (4) hace nacer de Marte y de Venus, y los considera como secuaces del primero, en el poema del Escudo de Hercules (5), y á los cuales Homero da el mismo origen y el mismo empleo (6), y que se ven en su divino poema ya esculpidos en la tremenda égida de Minerva, ya sobre el escudo de

(\*) Euripides pone la diosa Lisa en el número de las Furias, porque esta diosa inspiraba el furor y la rabia. *Eurip. in Herc. Furente*.

Virgilio pone tambien entre ellas á la Discordia. *Aeneid.* lib. VIII, v. 702.

(1) V. 2 hasta el 26.

(2) Lib. II.

(3) V. 264 hasta 270.

(4) V. 950 hasta el 956.

(5) V. 195 y 465 hasta el 466.

(6) *Iliada*, lib. IV.

Agamenon (1), ora preparando el carro de Marte para correr á la venganza de Ascalafó (2), y ora saliendo de la flota de los Griegos para poner en fuga á los Troyanos en medio del desorden y de la consternacion que causa el combate de Hector y de Ajax (3).

Sabemos que estas dos deidades tenian un templo en Esparta y otro en Roma (4); y vemos en la tragedia de Esquilo, *Los siete delante de Tebas*, á los siete capitanes de esta expedicion, en medio de los sacrificios y teniendo las manos metidas en la sangre de la víctima, jurar por *Marte*, por *Belona* y por el dios del *Miedo* (5).

NUMERO 6, pág. 140.

Hesiodo, *Teogonia*, v. 184 hasta el 187.

ESTAS ninfas andaban errantes, esto es, no tenian una morada fija y estable, porque los accidentes que las habian hecho encontrar, es decir, que habian producido la ilusion, dependiendo de muchas combinaciones, no podian ser fijos ni per-

(1) Lib. XI.

(2) Lib. XV.

(3) Lib. XV.

(4) Liv. lib. II.

(5) Los Chinos tenian tambien sus espíritus ó deidades que presidian á las pasiones y afecciones del ánimo. Vease el Tratado sobre algunos puntos de la religion de la China de Longobardi, en el cuarto volumen de las obras de Leibnitz, p. 104 y siguientes.

manentes. Andaban errantes, segun la expresion de Hesiodo, *επαιρησπονα γαλας*, *super immensam terram*, porque, segun lo que se ha dicho, debian haber sido vistas por todos, y porque debian encontrarse en todas partes. El mismo nombre de *ninfa* confirma admirablemente mi idea. *Νυμφη*, *ninfa*, quiere decir *velata*, *occulta*. Sabemos que las nuevas esposas se llamaban con este nombre porque iban con velo; sabemos que en uno de los dos sexos, dos partes que la naturaleza ha puesto en un sitio oculto y defendido, se llaman *ninfas*; sabemos que el boton de una rosa, que no está todavía perfectamente abierta, tiene el mismo nombre; y sabemos, finalmente, que ninfas se llaman las mariposas que estan todavía en el capullo en el que se obra la maravillosa transformacion. Todo lo que se vé, pues, en la oscuridad, se vé tan indeterminadamente, tan imperfectamente, que parece que está cubierto con un velo.

Esperó que las cinco notas siguientes ilustren plenamente este asunto.

NUMERO 7, pág. 140.

VEASE á Hesiodo, *Teogonia*, v. 240 al 264, donde habla de las cincuenta ninfas marinas, hijas de Nereo y de Doris; y v. 346 al 366, donde habla de las otras tres mil ninfas, hijas del Océano y de Tetis, que *dispersas aqui y alli habitan ya sobre la tierra, y ya debajo del agua*.

La opinion sobre la *anfibia*, sobre la in-

constante morada de estas ninfas ya sobre la tierra y ya debajo de las aguas, nos hacen ver bastante-mente su origen remoto en las ilusiones ópticas de que se ha hablado. La ninfa que se habia encontrado por la noche en una selva pantanosa, ó á las orillas de un río, ó cerca de una fuente ó de un lago, no volviendose á encontrar de dia, porque habian desaparecido las tinieblas, ni encontrandose tampoco en otras noches, porque no se encontraban los mismos accidentes que habian producido la ilusion, se creia haberse ocultado zambullendose en las aguas. Lo mismo sucedia con las que se habian visto en el mar, en las cavernas marinas, ó cerca de las playas del mar (1).

Si bien se reflexiona, esta morada misteriosa de las ninfas ofrece otro argumento á favor de nuestra idea. Los fragosos montes, las florestas salvages, las marismas, los lagos, los ríos, las fuentes, el mar ó las cavernas marinas eran los sitios mas á propósito para favorecer el error: la ilusion habria podido disiparse acercandose al objeto que la producía; pero este objeto, ó era inaccesible por los obstáculos que oponia la naturaleza misma del lugar, ó se hacia tal por la alteracion que produce en la imaginacion el horror y el temor, que ademas de

(1) A esto aluden los tres versos de Homero, citados por Pausanias, en los cuales se dice: « Y vosotras ninfas, re-  
» tiraos á vuestras profundas cavernas: un anciano afor-  
» tunado os espera debajo de las aguas; id á verlo y á brillar  
» en su corte. »

las tinieblas causan regularmente lugares de esta naturaleza, como á todos nos enseña la misma experiencia. Finalmente, el encontrar estas deidades en pueblos y en tiempos los mas distantes entre sí, nos confirma en la opinion de que ha habido una causa comun á la que deben su origen. Virgilio nos hace ver que estas deidades fuéron conocidas de los antiguos habitantes del Lacio, mucho tiempo ántes que hubiesen tenido la menor relacion con los Griegos, y precisamente en la época religiosa que les hemos asignado. En aquel precioso pasage de la Eneida, en que Evandro cuenta á Eneas la antiquísima historia del territorio que ocupaba, y que fué despues el mismo en que se fundó Roma, dice que este territorio no era antiguamente sino una vasta selva, mansion de ninfas y de faunos que no debian su origen á otro suelo; los hombres que lo habitaban eran rústicos y groseros como los árboles que los veian nacer; y estaban tan distantes de la cultura, que ni aun sabian uncir los bueyes al arado (1), etc.

Todos los pueblos de Méjico han creído poblados de semejantes deidades los ríos, las marismas y los lagos; y es cosa sabida que todos los años arrojaban un niño en los vastos depósitos de agua, para que hiciese compañía á las deidades que los habitaban (2).

(1) Virg. Æneid. lib. VIII, v. 314.

(2) Laffiteau, *Costumbres de los Salvages*, t. 1.

En la estremidad del otro hemisferio, los Coreenses tenian la misma creencia, y cuando fuéron hechos tributarios de la China, su Rey logró conservar la prerogativa de sacrificar solo á estas deidades quiméricas. Los *espíritus* de las cinco principales montañas de la China, de los cuatro mares y de los cuatro ríos, que recibian honores divinos del pueblo chino, parece que deben su origen al mismo error (1).

La misma opinion reinaba entre los Escitas, entre los Germanos y entre los Galos. Los dioses *sulevos*, *comodevos* y *selváticos* de estos últimos, eran efectos perfectamente semejantes de la misma causa. Finalmente, las antiguas leyes de la Noruega, que prohiben adorar á los genios de los ríos, de los lagos, de los sepulcros, etc. (2) nos muestran los mismos efectos del mismo error en los antiguos habitantes de esta region tan remota.

NUMERO 8, pág. 141.

EL nombre que á estos se daba de *Lares*, de *Larvæ*, que indica sombras nocturnas, fantasmas, espectros; las máscaras de los antiguos que se llamaban *Larvæ*, acaso porque ocultaban al que las llevaba, como á un espectro; el fantasma que la ilusion óptica habia presentado al hombre al rede-

(1) *Noticias del Ye-King*, p. 428.

(2) Vease la *Introduccion á la historia de Dinamarca*, t. 2.